

**Relato breve:**  
**DON MATIAS ESCUPE CONTRA EL**  
**VIENTO.**  
**Tránsito del hambre al pluriempleo.**

**PRIMERA PARTE: LA SANA RUTINA DE MI EXISTENCIA.**  
**“CITIUS, ALTIUS, FORTIUS.” VOCACIÓN.**

Don Matías escupe a la charca. Le encanta hacerlo y compite consigo mismo por alcanzar su récord. Nueve metros aprovechando las ráfagas semihuracanadas que transportan las utielanas.

Dos lanzamientos más, y al Bar de Anselmo. Roque, el hijo del cuerpo, Don Álvaro, el alcalde, y el padre Luis le esperan para echar el *truque* de las seis. Encontrar mesa nunca fue un obstáculo para Don Álvaro, pese a que ya desde el comienzo de la tarde, nada más retirar las mesas de la comida, los jubilados invadían con sus dominós la totalidad del local. Pero Don Álvaro siempre tenía mesa reservada. En realidad, Don Matías también era cliente selecto, pese a que sus propinas –cuando podía permitirselas– nunca podrían rivalizar con las del alcalde. También el padre Luis y el sargento de la Benemérita Roque Corrales gozaban de trato preferente. Anselmo era desconfiado por naturaleza, y dejando al margen los caciques locales, sólo fiaba a Don Álvaro (que no necesitaba tan privilegio), a Roque (por su seguridad), al padre Luis (al que más que fiar, regalaba por caridad cristiana), y al mismo Don Matías.

Don Matías era muy respetado. No en balde se le llamaba Maestro con sincera devoción, apurando los matices semánticos del vocablo, y sin duda también podría gozar de una reserva aun en ausencia de Don Álvaro.

Don Matías era feliz. Nunca pensó que enseñar fuera una ocupación tan gratificante, ni tan mal remunerada, ni tan absorbente. Claro que cuando comenzó, sólo era rico en una cosa: tiempo. Pero no sabía hacer otra cosa. O tal vez no quería. Enseñar era su vida. Los días se le hacían cortos y cada mañana, acudía con ilusión al Colegio Público “Miguel de Cervantes”.

Puntualmente a las 8:00, Rafael, el conserje, abría la puerta del Colegio para que Don Matías entrara en su aula y pudiese preparar sus clases, o corregir los ejercicios de la víspera. Don Matías era madrugador y prefería trabajar temprano para no tener que sacrificar la vespertina y lúdica cita con sus compadres, toda vez que su incomparecencia supondría un desaire sin precedentes, inaceptable para clero, consistorio, y fuerzas de seguridad municipales. A las nueve, comenzaban las clases. Don Matías tenía la costumbre de empezar siempre con un comentario de una noticia de prensa, algún chascarrillo malintencionado hacia los alumnos aficionados y/o socios

del Real Madrid, o algunas instrucciones relativas a la fiesta de carnaval, los campeonatos escolares o el belén navideño. Estos primeros quince minutos, que él denominaba “de cortesía”, era el tiempo máximo que Don Matías concedía a los dormilones. Pasado ese tiempo, nada ni nadie podría interrumpir la clase de Don Matías. Otros días, cuando no había nada mejor que comentar, Don Matías relataba en tono “épico” (como decía sus alumnos) algún suceso histórico de renombre o del ámbito local. Eran las famosas “batallitas” de Don Matías, que deleitaban a los alumnos hasta el punto de que ningún titulado del Colegio “Miguel de Cervantes” desconocía los pormenores estratégicos de la batalla de Cannas, el heroísmo de Juana de Arco o la proeza de Filípides en Maratón. No era tanto la historia en sí, como la melodiosa voz del narrador, lo que despertaba súbitamente los aletargados cerebros de los alumnos, a la vez que espoleaba el espíritu aventurero y la imaginación de los chavales. Y después, indefectiblemente, el insustituible dictado, tan cotidiano como el comer, las clases magistrales (preparadas concienzudamente, hasta en los ejemplos), la “toma de lección” (todos los alumnos encogían el cuello, y rezaban para no oír su nombre aquel día), las lecturas en grupo y los ejercicios de gramática.

A la hora del recreo Don Matías solía quedarse en el aula ayudando a los más rezagados que lo deseaban (que eran pocos, y en pocas ocasiones, salvo en época de exámenes), o bien preparando las clases de los “mayores”. Excepto los miércoles y los viernes. Eso lo sabían todos. El miércoles, la media hora del recreo la tenía reservada, porque era el día en que jugaba al ajedrez con Julio Mora (el de matemáticas). Su simbólica porfía albinegra duraba más de dos años, y todavía la contienda estaba inconclusa, porque en los treinta minutos que duraba el descanso, jamás pudieron acabar una partida con un “jaque mate”. Nunca hubo un ganador, y a fuer de ser sinceros, a ninguno parecía importar este hecho. Los viernes, se reunían todos los profesores del colegio, en ocasiones para tratar asuntos académicos varios, pero las más de las veces simplemente para compartir el cargado café que Rafael preparaba en el hornillo a gas de la sala de profesores. En los fríos meses del invierno castellano, además, Doña Matilde preparaba pastelillos de miel para acompañar. Todo un ritual. Sagrado.

La tarde de los miércoles, lejos de adormecerse, los alumnos bullían de ansiedad en sus pupitres. Era el día de “la maratón de Don Matías”. Toda una institución en el Colegio, y sin duda, ningún alumno de sexto curso olvidaría jamás esta costumbre. El desafío consistía en que los alumnos, – generalmente voluntarios – de uno en uno y por turno, subían a la tarima intercambiando su posición con Don Matías que ocupaba el pupitre del “valiente” (Don Matías solía sentarse sobre la mesa, pues no cabía dentro del pupitre). De esta guisa, mirando hacia sus compañeros, el audaz recitaba, de memoria, por orden y sin saltarse un solo dato, la lista de todos y cada uno de los ríos y cordilleras de España, especificando ubicación y/o lugar de nacimiento y desembocadura, afluentes por derecha e izquierda, provincias y ciudades que atravesaba, picos más altos y altitudes de

éstos, y cuando la retahíla orográfica finalizaba, la lista de todas las provincias españolas y sus capitales, ordenadas por autonomías (incluyendo el nombre de las islas). Si el examinando erraba el más mínimo dato o alteraba el orden determinado, Don Matías inmediatamente detenía la maratón y daba paso a otro candidato, no sin antes agradecer el esfuerzo al valiente y exhortarle a enmendar sus errores invitándolo a una nueva tentativa en otra ocasión. Si por el contrario, y cuando más se acercaba el final de curso era más frecuente, el alumno alcanzaba a pronunciar las palabras "*Lanzarote y Fuerteventura...*", el caluroso aplauso de sus compañeros acompañaba la sonrisa de Don Matías, incapaz de disimular su orgullo de Maestro. Titánico esfuerzo, cuya recompensa individual (al margen de la incondicional admiración de su mentor) suponía la máxima calificación en Geografía de España, y como extra, un premio colectivo: el resto de la tarde los alumnos jugarían un partido de balontiro o fútbol, donde el mismo Don Matías participaría. Por eso, los miércoles por la mañana no era raro escuchar a los más atrevidos decir "*hoy le haré un caño a Don Matías*" o comentarios similares, exteriorizando un anhelo común. Es lógico, pues, que las tardes del miércoles despertaran una gran expectación entre los alumnos, y siempre acudían a clase con la esperanza de que algún "campeón" superara la dura prueba de Don Matías. Pero, eso sí, había tres estrictas normas de obligado cumplimiento: ningún alumno podía repetir una misma tarde, no se admitía ningún error, por mínimo que fuese, ni en los datos, ni en el orden, y por último, si no había voluntarios o todos los aspirantes del día fracasaban, estarían toda la tarde haciendo dictados y redacciones. Huelga decir que siempre había candidatos.

Y así, día tras día, semana tras semana, Don Matías ejercía su magisterio. Y no tenía secretos, ni en su corazón albergaba duda alguna sobre la bondad de sus métodos y propósitos. Su vida se fundamentaba en el convencimiento de hacer lo correcto y la corrección era esclava de su voluntad, que no era otra que la de enseñar. La enseñanza era su razón de ser, y sus cimientos, el esfuerzo continuo y una dedicación fuera de toda duda. Don Matías vivía por y para sus alumnos. Y no era un profesor blando, de esos que confunden la obligación académica con la amistad personal, pero tampoco nadie pudo jamás reprocharle injusticia alguna. Acaso, alguna madre tildaba de "seco" o "antipático" su carácter distante, pero Don Matías tenía muy claro que sus afectos no tenían otros destinatarios que sus alumnos: ni madres, ni padres, ni directores, ni siquiera otros compañeros. Él se debía a sus "clientes". Y sus clientes lo amaban por ello. Cuando a un alumno le asignaban a Don Matías como tutor, le había tocado la lotería, porque Don Matías mimaba aún con más pasión a sus tutorados, no dudando, de ser necesario, en impartirles clases particulares los sábados (lo que en cierta ocasión le supuso ciertos problemas con una academia privada que le acusó de intrusismo), o simplemente, enseñarles a hacer un esquema, a subrayar, antiguos trucos nemotécnicos, aconsejarles lecturas, preguntarles la lección....

Dedicación basada en su vocación. Trabajo perseverante cimentado en el esfuerzo cotidiano. Sabio cóctel de exigencia innegociable y dadivosa entrega al cliente. El hombre divergente: risas y silencio; dictados y “batallitas”; lúdicos escarceos con los naipes y sensata renuncia a los vicios insanos; huraña independencia social y afable trato personal; apóstol de la quietud contemplativa y dinámico alentador de piruetas gimnásticas. Ese era Don Matías.

Sin embargo, y pese a todas sus virtudes, Don Matías no gozaba de buena prensa entre sus colegas, debido, según unos (que afirmaban preferir el traslado antes que iniciar una discusión con Don Matías), a su carácter intransigente, y según otros (preferentemente, otras) a una sospechosa y políticamente incorrecta misoginia (una oscura y antigua relación tenía la culpa, pero jamás hablaba de ella). El mismo Don Matías, que reconocía someramente ambos defectos, insistía en que ninguno incidía en su labor profesional, pues medía a las alumnas con la misma vara que a los chicos, y con ningún alumno discutía nunca (y nunca podía pensar que ello fuera necesario, ni recomendable, ni adecuado, ni siquiera imaginable; icada uno en su lugar!).

El final del otoño trajo la fiesta de Navidad, disfraces rojos de Papá Noel (con cierto pesar para Don Matías que siempre fue más de Reyes Magos), belén viviente, villancicos y “teatrillo evangélico” - ese año, “La Anunciación” -, y turroneos y bebidas repartidas por las improvisadas mesas formadas por los pupitres, y deseos de bonanza para todos los profesores, alumnos y padres. Y frío, mucho frío. Luego, las fiestas navideñas, el primer periodo vacacional, donde Don Matías se deprime en su soledad, envuelto en su raída bata, frente a la vieja estufa de leña que calentó los huesos de su padre, y del padre de su padre, todos ellos Maestros de Escuela. Don Matías prepara las calificaciones del primer trimestre apilando los exámenes en la mesa camilla de su diminuta salita. Dos montones de ejercicios. El más voluminoso, a la izquierda. El más reducido, de no más de diez ejemplares, a la derecha. Estos últimos son los alumnos suspendidos. Don Matías siempre revisaba estos ejercicios, buscando siempre (con objetiva perseverancia) algún resquicio, algún error propio que pudiera trasladar uno de esos exámenes hasta el montón de la izquierda. Sobre la mesa, café, y su rotulador verde “de corrección ortográfica” -para marcar las tildes ausentes, las “b” *enanas*, las “h” omitidas, y la caligrafía deficiente-. Al fondo de la mesa, dos hojas solitarias lo miran desafiantes: son los exámenes de Rubén Miralles, el hijo del charcutero, y Laura Sotillos. Ambos exámenes están casi en blanco. Rubén es un quebradero de cabeza para Don Matías. Es inteligente, pero no quiere estudiar, y Don Matías, siempre tan ducho en el trato personal con sus clientes, no encuentra argumentos para convencerlo. Laura, es una niña menuda y retraída, a la que sus compañeros apodan “la muda”. Don Matías sospecha que es semiautista, o algo así, o tal vez padece un incipiente trastorno psicológico infantil de esos que, según sus últimas lecturas, tanto proliferan últimamente. Pero al ser huérfana y vivir con su circunspecta tía, la información de que dispone es muy limitada. Don

Matías se siente impotente, y no sabe que hacer con estos dos estudiantes.

Sobre la carcomida mecedora, se amontonan los regalos navideños de sus alumnos: botellas de licor, dulces, postales, una estilográfica, o dibujos personalizados (según el gusto y preferencia de cada alumno, o sus madres). Don Matías no es un gran bebedor, pero se *pirra* por los dulces (especialmente los polvorones de almendra) y su menguado presupuesto para extras navideños, agradece la generosidad de sus clientes. Ninguno de sus pupilos olvidó obsequiar a su Maestro. Todos. Los alumnos del montón de la izquierda, y los de la derecha, incluso Laura y Rubén.

Cuando venga el buen tiempo primaveral, piensa Don Matías, llevará a sus alumnos de excursión a la *Laguna Profunda*. También a Laura, y a Rubén. Y jugarán al “churro va”, al “ajo duro” y harán competiciones de sogá-tira, y Robertillo se perderá en la “Cueva del León”, como todos los años, y las niñas harán corrillos para comadrear sobre sus pretendientes, que, ajenos a estos tejemanejes, competirán por ver quien enfurece más a su madre acumulando más kilos de barro en sus ropas, ora revolcándose en improvisadas reyertas duales, ora porfiando por el esférico en el tradicional encuentro “Brasil vs. resto del Mundo”. Y Ramiro, “el pupas”, se torcerá el tobillo, o caerá sobre las zarzas que crecen junto al Lago. Cuando los chicos, agotados pero ebrios de felicidad, canten canciones obscenas en el viaje de vuelta en el autobús, cuando vociferando desde los asientos posteriores hagan burla de otros profesores (siempre en el código cifrado de los apodos), o de él mismo, Don Matías fingirá no oírlos, disimulando una aviesa sonrisa mientras recuerda los tiempos en que también él fue excursionista en sus días de escolar, y se revolcó por el fango, y se mofó de sus mayores, y anduvo rondando las mozas, y cantó coplillas prohibidas, y sangró, y amó, y lloró, y conoció la frustración del fracaso, y el precio del éxito. Y cuando llegue a casa, después de despedir a todos los padres que esperaban en la parada del autobús, después de informar a Valeriano, el mecánico, de la última pelea de su hijo Fermín, cuando el cálido chorro de la ducha arrastre hasta el sumidero el barro adherido a su piel, entonces, sólo entonces, pensará en el buen Dios que le ha permitido perpetuar esa felicidad infantil trabajando como Maestro. Y deseará que vuelva pronto la primavera.

## SEGUNDA PARTE: EL TRIUNFO DE HERÁCLITO. ¡MALDITO MURPHY! DELENDIA CARTAGO. DECEPCIÓN.

Don Matías continúa escupiendo a la charca. Las costumbres no se olvidan, aunque la densa espasticidad de su espumarajo no le permite alcanzar las distancias de antaño. Ni tampoco lo desea. Ahora escupe por aburrimiento, por cansancio o cuando se retira a reflexionar a *su* charca. Porque es suya, eso nadie se lo puede quitar. Una de sus pocas posesiones. Sus salivazos ya no son jubilosas explosiones lúdicas. Escupe, asqueado de sí mismo, intentando echar el lastre de su rezumante malestar en lanzamientos centrífugos o verticales, como si quisiera alejar de sí su pesar. No importa donde lleguen, siempre que se alejen de él. En ocasiones, un recalcitrante hilillo le devuelve su proyectil, síntoma inequívoco de que el mal reside en su interior, y se niega a abandonarlo. Don Matías lo asume con más aquiescencia que asco.

Ahora ya no tiene prisa. Nadie le espera en el Bar de Anselmo, ni hay partida. Y no piensa dejarse ver por allí, temeroso de despertar la envidia de cualquier currante que, encallecidas las manos y heladas las orejas, ocasionalmente pudiera refugiarse en el local para calentar el estómago con un *sol y sombra*. Podría “leer” su pensamiento: *estos profesores, trabajan menos que los funcionarios*. A Don Matías se le podía tachar de cualquier cosa, pero nunca de vago. Y en ocasiones, casi siempre, la conciencia colectiva es muy injusta al generalizar tópicos pertenecientes a un gremio. Y la envidia, es el deporte,..., mundial.

Don Matías fue de los pocos que acogió con reservas las promesas de *cambio*. O mejor dicho, de los pocos que verbalmente manifestó sus reservas, aunque interiormente pensara que muchas de las carencias de las que adolecía el sistema, podían compensarse. Pero, tal vez de cara a la galería o por un absurdo prurito personal (el estúpido convencimiento de quienes piensan que toda ayuda es un insulto a sus habilidades), expresó sus inquietudes en relación a las dificultades que entrañaba el cambio (al que le negaba la denominación de Reforma, prefiriendo el despectivo apelativo de “revolución”, y recordando, de paso, que la historia demostraba que todas habían sido sangrientas). Las expectativas, empero, auguraban una considerable mejoría en su nivel de vida: mejor salario, reducción de su horario de trabajo, más materiales, menos alumnos en cada grupo, apoyo psicopedagógico, etc. Socarrón, cuando paseaba por la sala de profesores, Don Matías canturreaba el conocido slogan musical de una conocida cadena de supermercados: “♪ Todo & son ♪ ventajas ♪”. No pasó mucho tiempo hasta que, en una reunión del recreo de los viernes, Don Matías deleitó los oídos de sus colegas reconociendo con mucho pesar, que sus opiniones habían sido precipitadas e injustas, y efectivamente, “la revolución” iba por buen camino, y no parecía ser muy sangrienta. Opinión que hubo de refrendar, cuando el Colegio Público “Miguel de Cervantes” se convirtió en la envidia del pueblo al disponer de la primera sala de

ordenadores con conexión a internet, un gimnasio cubierto nuevo (todavía faltaba pavimentarlo, pero todo se andaría) y se elaboró un proyecto de ampliación para albergar las nuevas aulas, necesarias ante la disminución de la "ratio". El Estado, o la Comunidad autónoma (a Don Matías nunca le importó, y jamás quiso saber nada de política), de repente se acordaba que tenía un hijo menor, llamado Sistema Educativo. ¡Más vale tarde que nunca!

La ceguera de Don Matías, como probablemente de muchos otros, era comprensible, porque incluso la nueva Ley Educativa, parecía solucionar muchos problemas de fondo, y no sólo eran aspectos estructurales. No era un simple lavado de cara, sino un baño completo. Don Matías recordaba su impotencia con Rubén Miralles y Laura Sotillos, y el frío de las aulas atemperado por la masificación de grupos. ¡Valía la pena intentarlo! A Don Matías le dijeron que se iban a reestructurar los estudios, que de forma paulatina y consensuada por los diferentes colectivos implicados (¿qué narices de colectivos? ¡Educación = interacción de alumnos y profesores, y punto!) se pretendía imprimir un giro a la forma de enseñar en España, a la forma de dar las clases, a la forma de evaluar, y en general, a los fines últimos del sistema. Que las cosas cambiarían a mejor, sin duda. Le dijeron que la inclusión en la comunidad europea exigía modernizar la forma de hacer enseñanza. Un estado moderno, unos ciudadanos modernos, una sociedad moderna, unos alumnos modernos, unas enseñanzas modernas,..., unos profesores renovados. Pero él sabía que ninguna voluntad política cambiaría los hechos: Napoleón venció en Austerlitz, vellocino se escribe con "v", y Don Matías **sabe**, mejor que nadie, lo que necesitan sus alumnos. Y no hay más. Se pongan como se pongan.

Primero fueron las promesas incumplidas: el gimnasio nunca se pavimentó, el proyecto de ampliación se concretó en la ubicación exterior de aulas prefabricadas y las "ratios", reducciones horarias y demás pamplinas, estaban sujetas al principio de "disponibilidad del centro", es decir, "si y sólo si" había dinero. Después vino lo que Don Matías bautizó como "*el camaleón ministerial*", ambigüedad disfrazada de argucia legal: la Ley modificada subliminalmente por un Decreto, a su vez modificado por una Real Orden, a su vez modificada por una circular directiva, etc. O tal vez al revés. Los limitados conocimientos políticos de Don Matías no le facultaban para distinguir cuando un documento tenía rango nacional o autonómico, pero no importaba, el asunto era evidente: "*Hecha la ley, hecha la trampa*". "*Así que parece ser que las mentes preclaras del Ministerio, no lo tienen tan claro*". Para él, todo eran papeles, un revoltijo donde la transferencia de competencias, los sistemas de financiación presupuestarios y el grado de soberanía autonómica constituían el papel mojado de una mascarada legal sin precedentes. Y finalmente, tuvo que aprender a hablar una especie de verborrea técnica (metalenguaje reformista, como decía Doña Eugenia), que diferenciaba rotundamente lo antiguo (y por extensión, obsoleto, estricto, inservible, caduco), y lo moderno (efectivo, flexible, dialogante, participativo, tolerante, *civilizado*). Don Matías no

apreciaba la diferencia entre contenido conceptual y dato teórico, entre objetivo a secas, y objetivo didáctico, entre programación (sin apellidos) y diseño curricular de área, entre tema y unidad didáctica, entre repaso y refuerzo,..., hasta el punto de creer que sólo cambiaban las etiquetas, pero el contenido del paquete era el mismo. Pronto descubrió que no era un simple cambio terminológico. Don Matías comenzó a interiorizar, que no a comprender, las *bondades* del “aprendizaje significativo”, la “flexibilidad curricular” y la “enseñanza integradora”.

Cada vez visitaba más la charca, y escupía rayos, más que esputos. En ocasiones en voz alta y gritando contra el sistema, a falta de un responsable de carne y hueso a quien interrogar sobre sus “verdaderas” intenciones. Pero no estaba del todo convencido. Su respeto al axioma democrático de “la mayoría no puede equivocarse” (pese a lo que sus detractores pudieran pensar sobre su color político) le hacía dudar de sus sólidas creencias. Si todo el mundo aplaudía el cambio, si todos hablaban ese metalenguaje ilusionados, si todo eran ventajas, si nadie protestaba, si era una ley “consensuada”, si su misión en la vida era suministrar ciudadanos formados a la sociedad y la sociedad requería este modelo, ¿no sería él un dinosaurio resentido que se negaba a aceptar el inevitable destino del modernismo educativo? ¿No estaría él, el más independiente, tozudo y solitario de los Maestros, negándole el paso, de forma injusta, a todo elemento extraño que pudiera socavar su soberanía en el aula? ¿No encarnaría él, la intransigencia que precisamente el cambio pretendía combatir, y en consecuencia, se sentía amenazado y respondía defendiéndose? *¿Qué está pasando? ¿Soy yo o es el mundo?* La duda. Dinamitando los tabiques de su existencia profesional.

La crisis depresiva de Don Matías se hizo evidente cuando la indignación y la rabia dieron paso a la indiferencia en el más vocacional de los Maestros del Colegio Público “Miguel de Cervantes”. Pero no fue un proceso agudo, no llegó de golpe. Los acontecimientos se iban sucediendo gradualmente, al principio con pequeños detalles insignificantes, que poco a poco fueron ganando en relevancia desde la perspectiva de Don Matías. Lo cierto es que se estaba produciendo un fenómeno curioso, extrapolable a todos los ámbitos: no es que las situaciones, los hechos o las costumbres cambiaran, sino más bien que la sociedad había modificado su escala de valores hasta tal punto, que lo tradicionalmente incorrecto, reprobable y excepcional, pasó a ser discutible, y lo discutible, negociable, y lo negociable, permitido, y lo permitido, cotidiano, asumido y normal. Y lo normal, que al fin y al cabo es un término estadístico, se tornó costumbre. Y entonces, tratar el mismo hecho como incorrecto, era retrotraerse a un pasado maldito que nadie deseaba recordar. Y era el mismo hecho, o la misma situación, o el mismo problema. Un proceso parsimonioso, pero unidireccional. Lánguido, como el inexorable envejecimiento; está ahí, pero es tan lento su caminar que sólo la perspectiva temporal te permite ponderar la magnitud del cambio. Para Don Matías, el problema no era el cambio del punto de vista,



comprensible e incluso a veces deseable, sino que tanto se había desplazado el observador, que en algún punto del camino, en alguna curva (se llamara objetivo, o evaluación, o metodología, o integración, o planteamiento pedagógico, o diversificación, o todas juntas) perdió de vista la esencia de la educación y ésta sufrió un accidente mortal. Coma profundo irreversible. Muerte clínica.

Escupiendo recordaba el proceso (*la gangrena*, como él la llamaba). Recordó cómo antaño sus clientes acudían a él, pesarosos, respetuosos y con propósito de enmienda, interrogándole sobre los errores de sus exámenes y ejercicios, y ahora, se apretujaban berreando descontrolados frente a su mesa “exigiendo” un recuento rutinario (ni siquiera se tomaban la molestia de hacerlo ellos mismos) de sus puntuaciones parciales, discutiéndole (¡a él, a Don Matías!) que la capital de Marruecos, de acuerdo, no era Casablanca, pero ésta también era muy importante (que habían visto la película), intentando convencerlo de que “más o menos” habían expresado lo mismo con sus palabras (aunque las palabras, *Guerra de Secesión*, *Antiguo Régimen* o *Revolución Bolchevique* brillaran por su ausencia), acusándolo de tenerles manía, porque “a Fulanito le has dado 0.5 puntos donde a mí sólo me diste 0.25” (por supuesto, tuteando), relativizando la importancia de las respuestas según su conveniencia, mendigando décimas **hasta, y sólo hasta**, alcanzar la puntuación de 5, despreciando la necesidad de un nivel mínimo de corrección ortográfica argumentando que aquella asignatura no era Lenguaje, responsabilizando al mismo Don Matías, porque “*no dijiste que esto era importante*”, culpando a profesores de niveles precedentes, porque Don Matías basaba su programa en temas que se daban por conocidos de años anteriores, tratándolo de loco *¿cómo vamos a recordar eso, si es del primer trimestre?*, y loco se estaba volviendo, porque estos casos, era la generalidad, lo habitual y cotidiano. El montón izquierdo, era ahora el derecho y viceversa. Los casos más gravosos eran simplemente inimaginables diez años atrás: “*...no me presenté al examen por un motivo justificado que mi padre ya ha hablado con el director. Si quieres, “**ves**” y pregúntaselo. Así que tengo derecho a otro examen, antes de la evaluación, pero hoy no, que ya tengo otro de Mates y no puedo hacer dos en un día*”,..., “*...estuve enfermo dos semanas antes del examen, por lo que no pude asistir a clase y no me he enterado de nada. Lo normal sería que me evaluaras sólo con la libreta*”,..., “*he suspendido el control, ya lo sé, pero he mejorado respecto al primer trimestre, así que supongo que eso se reflejará en la actitud y acabaré aprobando la evaluación*”,..., “*apruébame, y te prometo que la tercera evaluación te saco un 5 ó más*”,..., “*vale, me pillaste la chuleta, pero yo he contestado las preguntas 3 y 5, y las respuestas no estaban en la chulla, así que puntúamelas*”,..., “*es que se murió mi abuela y lo he pasado muy mal este trimestre*”,..., “*si me suspendes es porque me tienes manía, así que voy a hablar con el Director y ya veremos*”.... Indigno. Para Don Matías. Y para cualquier alumno. Claro, que en la cultura del “todo vale” la dignidad es un valor a la baja. Si es que aún cotiza. Y Don Matías creyó morir el día que un “compañero”,

justificando a un alumno de su tutoría, arguyó una excusa parecida. ¡Un compañero! ¿Un compañero?

Recordó como antes sus clientes bajaban la cabeza cuando Don Matías o cualquier otro (profesor, conserje, padre, adulto, incluso sus propios compañeros) les reprendían por escupir en las aulas, tirar papeles en el patio, discutir acaloradamente chillando, empujarse a la entrada y salida del aula, etc... Hoy, los clientes arrollan a los profesores en los pasillos, hacen caso omiso de ellos, incluso cuando toca el timbre lo dejan con la palabra en la boca, día tras día convierten en estercolero el centro escolar (y tienen la desvergüenza de argumentar que para eso "pagan" al personal de limpieza), se hablan como deslenguados entre ellos, y a cualquiera, no piden permiso ni para hablar, ni para preguntar, ni para ir al servicio ("*debilidad esfintérea*" dice Don Matías), se atreven a depositar sobre sus pupitres libros de otras asignaturas (en la creencia de una impunidad absoluta y legal), aparatos electrónicos variopintos y teléfonos móviles, y cualquier prohibición "atenta contra sus derechos". Las deferencias, los favores y los privilegios se tornaron derechos indiscutibles, y después ¿quién recuerda la munificencia del dador, y la ingratitud del favorecido?

Recordó melancólico el sonido del silencio cuando Don Matías entraba en el aula, mutis respetuoso, tal vez impuesto, pero reconfortante, estaba seguro, tanto para Maestros como para alumnos. Hoy, al comienzo de la clase, Don Matías persigue a los alumnos por los pasillos "invitándolos" (obligarlos atentaría, nuevamente, contra sus derechos) a entrar en el aula, y suponiendo que no se encolerice en exceso cuando algún rezagado le exhorte aquello de "*tranqui, no te estreses...*", es seguro que lo hará tras cinco minutos de titánico esfuerzo para lograr, no ya el silencio, sino un nivel de ruido aceptable para poder pasar lista. Una lista, que en su cuadrante, simula un campo de minas. Antaño, sólo faltaban los enfermos graves. Hoy, en algunos casos (cada vez en más) el absentismo es tan habitual como la asistencia. E igual de aleatorio. Y ¡ay del profesor que no cumpla con su "*obligación*" de controlar escrupulosamente la asistencia de sus alumnos! Se arriesga a que alguno de sus alumnos ausentes (que paradójicamente están legalmente bajo "su responsabilidad") se meta en algún lío, o sufra algún accidente, y algún abogado listillo le arruine la vida.

Recordó a Maradona, a Cruyff, a Butragueño, a Arconada, a Epi o Corbalán, o quienquiera a quien desearan emular sus alumnos a la hora del recreo, o a los jugadores de "sambori", "levanto la malla" o "polis y cacos". Hoy, el patio es un guirigay de melodías polifónicas, un torneo de gameboys, un ring de capoeira, una pasarela de moda donde coquetean los piercings umbilicales con las tangas multicolores y traslúcidas, o en el peor de los casos, el territorio de esta o aquella banda de "narcos", cuando no un fumadero de..., Don Matías ya no quiere saberlo.

Recordó la pacífica quietud de sus reuniones al aroma del café de Rafael y al sabor de los dulces de Doña Matilde. Con paciencia, sin prisas, uno a uno hablaban civilizadamente sobre los problemas e

inquietudes de su trabajo, de los libros de texto, de quién necesitaba tal aula, y quién podía sustituir a ese compañero en esta o aquella clase, y de los horarios y de la nueva biblioteca y cómo la organizarían... Hoy, los claustros son palestras clásicas, la mayoría de las veces para que dos facciones adversarias diriman sus irreconciliables diferencias zancadilleándose los unos a los otros (desgraciadamente, en ocasiones ni siquiera es una metáfora, sino que ocurre de facto), o los unos a los de siempre (generalmente los equipos directivos) con cualquier excusa: los horarios personales, las normativas lingüísticas, la actitud poco decorosa de aquel compañero que pone música a todo volumen en clase, ese compañero que falta tanto y por qué no envían un sustituto, las zonas de fumadores en la sala de profesores, a quién le corresponde impartir clase en los grupos especiales (diversificación, grupos flexibles, desdobles, etc..), el reparto del pastel presupuestario, las actividades extraescolares, el responsable de elaborar el diseño curricular, las desavenencias de la COCOPE<sup>1</sup>, la formación de un nuevo Consejo Escolar, el informe y revisión de la última circular enviada por el Ministerio, y todo tipo de reyertas dialécticas por cualquier quítame allá esas pajas... Otras veces, el claustro recuerda el senado romano, donde los próceres pronunciaban largos discursos, en muchos casos más por el afán de engrosar su ego, o de hacer sentir su presencia al resto de la manada, que realmente por expresar alguna idea inteligente. Incluso hay uno, al que Don Matías apoda, por razones obvias, *“¿de qué se habla?, que me opongo”*. Y oímos a Catón clamar por la destrucción de las aberrantes aulas prefabricadas, símbolo de la debilidad del equipo directivo de turno, y a Cicerón exclamar, *¿hasta cuando, Catilina (o García, o Romerales), vas a abusar de nuestra paciencia poniéndote a favor de los padres en el Consejo Escolar?* o a Cayo Julio César (o César López, si es el caso) acusando a Cayo Rabirio (alias Pilar Jiménez, la de Dibujo) de no hacer sus guardias porque necesita un chivo expiatorio para ocultar sus disimuladas ausencias, o a Cecilio Metelo (alias el Director Gutiérrez o Martínez) comprando a un tribuno de la plebe (ese profesor que sólo tenía medio horario y al que ofreció una vicedirección) para asegurarse los votos necesarios en esa arriesgada propuesta de adscripción al proyecto de formación permanente... ¡Maquiavelo, auxíliame!

Recordó esa sensación de orgullo que le invadía cuando oía su nombre en boca de un alumno, padre o profesor, precedido invariablemente por el respetuoso Don. No era tanto el título, como la certeza de saberse reconocido, apreciado, e incluso venerado. Y de Don Matías, pasó a denominarse sólo Matías, y de ahí, un descolorido “el de historia”, y más tarde “el Jurásico”. Le dolía el calificativo, no tanto por la implicación cronológica como por el tono peyorativo: no tanto el nombre, como el insulto. La falta de respeto.

Recordó a Rubén Miralles, el hijo del charcutero, ahora yonki. Y a Laura Sotillos, la niña autista que se lanzó de un tercer piso. Aquello sumió a Don Matías en un trance que le duró dos meses, al borde de

---

<sup>1</sup> Comisión de Coordinación Pedagógica

la depresión. No pudo hacer nada por ellos. O no supo. ¿Acaso el sistema educativo era tan elitista que los más necesitados sólo merecían el destino de ser arrojados a las fieras, excluidos del grupo y se les negaba un futuro digno, sólo por ser diferentes? Don Matías aplaudió sinceramente las medidas de integración de alumnos con necesidades educativas especiales, se felicitó por la reducción del número de alumnos por grupo y defendió ardientemente la atención individualizada y las adaptaciones curriculares. Estaba en deuda con todas las Lauras Sotillos y todos los Rubén Miralles. Pero cuando los grupos de diversificación curricular se convirtieron en un rebaño de sinvergüenzas aprovechados en busca de un cómodo trashumar, cuando los grupos flexibles supusieron la creación de ghettos encubiertos (asignados indefectiblemente a los profesores más impopulares) o élites seleccionadas (asignados a los mejor relacionados), cuando las adaptaciones curriculares individuales esclavizaron a los docentes más cumplidores obsesionados con elaborar materiales adaptados a las carencias específicas de cada alumno, sólo para descubrir que las más de las veces éstos hacían caso omiso de sus privilegios cayendo en la desidia y el abandono, cuando los alumnos alardeaban de lograr los mismos resultados con menos trabajo sólo por su pertenencia a estos grupos especiales, cuando la Ley del mínimo esfuerzo convirtió a esos grupos reducidos y necesitados en mayoritarios y la comodidad sustituyó a la necesidad, cuando el privilegio se hizo costumbre y fue indiscriminado, entonces, Don Matías perdió la fe. Y escupió en la charca, y lloró porque Laura Sotillos, y Rubén, el hijo del charcutero, habían sido demagógicamente utilizados.

Recordó la armonía, la jovialidad y el respeto mutuo entre compañeros. Y se preguntó qué había quedado del fair play, cuando ahora los compañeros menosprecian la "importancia" de esta o aquella área, en virtud de una ambigua *utilidad* futura, cuando ahora se negocia con los alumnos las condiciones de una rendición (Don Matías no se atrevía a calificarlo de otra forma), y se emplean ardidés de marketing empresarial en pro de lograr un apoyo unánime o mayoritario de los clientes. Es el resultado lógico cuando la precariedad laboral por el descenso de natalidad decide el futuro profesional del Maestro en las asignaturas optativas. El futuro agónico de los profesores de Cultura clásica, de Lenguas "Muertas" y de todos aquellos docentes de asignaturas optativas que anteponen la honradez profesional a la venta incondicional del producto. Y en ocasiones - en función de los caprichos ministeriales - ni siquiera sólo de las optativas. Es la guerra por los clientes, la antigua batalla entre la enseñanza privada y la pública, intercentros e intracentro, incluso intradepartamentales. Entre compañeros. ¿Qué mejor reclamo para el comprador que la promesa de un desenlace académico exitoso? Mercaderes en el Templo del Saber.

Recordó la infausta tarde en que los alumnos le acusaron de fascista, sólo porque se negó a repetir un examen a dos alumnos que decidieron asistir a una manifestación de Los Verdes. Y por si fuera poco, por la página web del Colegio circuló (más bien, navegó) un

artículo donde se publicaban las estrechas relaciones de “el Jurásico” con el antiguo alcalde, ahora caído en desgracia por malversación de fondos. Don Matías hervía de cólera, no tanto porque su padre hubiera combatido en el bando republicano, o porque su amistad con Don Álvaro se circunscribiera a las porfías con Heraclio Fournier<sup>2</sup> como testigo, ni tan siquiera por la manipulación y la demagogia con que se trataba la información. ¿Qué tendría que ver que la manifestación fuera convocada por Los Verdes o por la rana Gustavo? Lo cierto es que los alumnos faltaron al examen, y para Don Matías, el incumplimiento de las obligaciones no admitía excusas de ningún color político. Lo que realmente le dolió fue el eco y la repercusión que tuvo el difamatorio libelo en toda la comunidad educativa, incluso entre sus propios compañeros. Ellos sabían de su rectitud académica y conocían su apoliticismo declarado. Y pese a ello, algunos lo condenaron. ¿Cuándo comenzaron a ser atributos más importantes en el docente las ideas políticas que la valía profesional? Ahora era “el Jurásico”, abiertamente para todos, y además “el fascista” para algunos.

Recordó las juntas de evaluación, antaño breves difuminados académicos de cada cliente, desde el más absoluto convencimiento del buen proceder de cada profesor, y hoy un escaparate estadístico para medir el éxito profesional del docente (cuando no una suerte de programa televisivo de cotilleo), demonizando a aquellos Maestros que mayor número de suspensos acumulan (y por ende, los más responsables del fracaso escolar). Don Matías nunca persiguió el suspenso del alumno. Siempre fue justo, o al menos, su honradez le impidió desvalorizar la importancia del proceso de evaluación. Y precisamente, por ese sentido de la justicia, consideraba que adulterar el valor de una calificación (no importaba la que fuere) era una grave irresponsabilidad docente, tanto en sentido ascendente como descendente, además de un fraude del que algún día los Maestros se arrepentirían. La primera vez que oyó a un “compañero” decir aquello de *“si un profesor suspende tanto, el problema tiene que ser del profesor, nunca de los alumnos”*, creyó escuchar el final de un chiste. Pero no le hizo gracia. En algunos claustros, hoy es una verdad incuestionable. Un axioma que los ingenuos o novatos creen a pies juntillas. Algunos informes de tutores o directores comienzan con frases como *“este curso el porcentaje de suspensos es de un 10%, por lo que se puede calificar de exitoso”*. ¿Quién fue el listillo que consideró fracaso escolar y suspenso como sinónimos? ¿No entiende la falsedad implícita en afirmaciones como esa? Don Matías veía con una claridad meridiana la situación (*pura lógica*, decía), hasta el punto de ilustrarlo en un esquema, que posteriormente se haría famoso con el nombre de la “Teoría Jurásica” (en honor al apelativo de su autor).

---

<sup>2</sup> Referido a la baraja de naipes.

Premisa A. El suspenso es sinónimo de fracaso escolar, y éste es indeseable.

Premisa B. El profesor con mayor número de suspensos es más responsable del fracaso escolar, y por lo tanto, peor profesor.

Premisa C. Aprobando a los alumnos soy un buen profesor.

Como nadie quiere ser un mal profesor, ni muchísimo menos, que los demás lo piensen, el asunto está muy claro: Si A y B ergo C

Además, cabe indicar que:

Premisa A. Aprobar al alumnado de forma general y sin criterios o por amnistías, es impopular (de momento).

Premisa B. La forma más fácil, legal y aceptada de aprobar a los alumnos es disminuir los niveles de exigencia.

Premisa C. Variables sociopolíticas desaconsejan suspender a los alumnos.

Premisa D. Disminuir los niveles de exigencia es popular y concuerda con eufemismos del tipo “adaptarse a las capacidades de los alumnos” o “flexibilizar objetivos”.

E = Disminuyo los niveles de exigencia.

Si A + B + C + D ergo E. Siguiendo con este razonamiento, y desde el prisma del alumno, cabe considerar:

Premisa inicial 1: El nivel de esfuerzo, trabajo y competencia es directamente proporcional al nivel de exigencia.

Premisa Inicial 2: La vida escolar es mucho más cómoda con niveles de esfuerzo bajos.

Ergo, la vida escolar es mucho más cómoda con niveles de exigencia bajos.

Premisa A: Las protestas directas al profesor implicado crean tensión y problemas al mismo.

Premisa B. La crítica por parte del alumnado a otro profesor, crea un sentimiento de superioridad en los colegas y un sentimiento de alivio anexo (debido a C).

Premisa C. Cuando un profesor es criticado, la tensión soportada por el resto de profesores disminuye.

Premisa D. Interesa promover acciones de presión conjuntas (incluso entre otros profesores) para calificar de excesivamente exigente, impopular o malo al profesor. Ello ayuda a incrementar la tensión del implicado y disminuir la de los demás profesores.

Premisa E. Para lograr el bienestar, hay que hacer disminuir la tensión y los problemas.

Premisa F. Para disminuir la tensión y evitar problemas, lo más simple es disminuir los niveles de exigencia (regulación proactiva voluntaria).

Premisa G. El profesor es receptivo a disminuir sus niveles de exigencia cuando es criticado. (regulación retroactiva controlada por los alumnos).

Premisa H. El nivel de exigencia guarda una relación directa con el número de suspensos.

CONCLUSIÓN: A menor exigencia, mayor número de aprobados y satisfacción general.

Si  $1+2$  y  $A + B + C$  ergo  $D$  Por otro lado, si  $E + F \Rightarrow G \Rightarrow H$  ergo aprobemos y seamos felices. El precio sólo es la ignorancia y la irresponsabilidad.

Corolario final: La correspondencia entre éxito académico y nivel de formación es una pura falacia. Para que eso pudiera ser cierto, el nivel de exigencia y su correspondencia con las calificaciones académicas debería ser inalterable. Pero nosotros seguimos modificando las escalas, "flexibilizando la educación". Y haciendo estadísticas. Y encima, nos las creemos, otorgándoles una validez matemática. ¡Ridículo!

¿Es que nadie comprendía que una calificación sólo es un reflejo del nivel de conocimientos del alumno y no entiende nada de comparaciones y estadísticas? ¿Qué importa el nivel de los compañeros, si lo que pretendemos es valorar el nivel objetivo de UN SOLO alumno? Lo realmente importante es que el nivel considerado como 5 supere el mínimo exigido, que debe ser objetivamente fijo e inamovible. Don Matías lo tenía claro: negociar las escalas de valoración en función de variables estadísticas lleva inevitablemente a un descenso del nivel de conocimientos, y además, es objetivamente injusto para con los alumnos más aplicados. ¡Con que facilidad se aumentaba medio punto del 4,5 al 5, y lo que costaba aumentarle al 8,5 ese medio punto! Nueva injusticia. Entonces, los detractores de Don Matías le preguntaban, quien era capaz de enjuiciar con objetividad, y Don Matías respondía, muy ufano: "*si no lo sois vosotros, Maestros, no sois dignos de llevar este nombre*", frase que desencadenaba todo un torrente de descalificaciones que comenzaban con "prepotente" y finalizaban con "viejo engreído". Don Matías sólo cometió tres errores. El primero, consignar por escrito su teoría. El segundo, extraviar la hoja y permitir que cayera en manos poco recomendables (¿cómo llegó a poder del Director? ¿fue él quien la bautizó como *Teoría Jurásica*?). Y el tercero, contestar a la inquisidora pregunta, *¿esto qué significa?*, con un inapropiado y excesivamente sincero, "*es lo que pienso*". Después de aquello, Don Matías quedó definitivamente marcado.

Recordó con agrado al valiente Julián Martínez, que insistió en que era de todo punto inaceptable que a un alumno que ni tan siquiera había tenido la delicadeza de adquirir los materiales para su clase de dibujo, se le concediera el Título de Secundaria. Sus argumentos eran aplastantes, lo que no impidió, que la junta evaluadora hiciera valer su *derecho democrático* para valorar la "madurez del alumno". Y la junta evaluadora dictaminó a favor de la concesión del título desautorizando el informe negativo del profesor de la asignatura. Aquella tarde, Don Matías no escupió en la charca. Vomitó.

Recordó la mirada de confianza de Don Alberto, de Doña Amelia y del cartero, y del doctor, y de todos los padres sentados en los pupitres de sus hijos en la reunión informativa de principio de curso, escuchando atentamente las innecesarias explicaciones de Don Matías, recordándoles los horarios del colegio, las normas de convivencias básicas, el calendario del curso, los nombres de los nuevos profesores, y demás banalidades organizativas. Melancólico, rememoró las sonrisas de complicidad y los semblantes de fingido interés de los padres, de los compañeros y colegas, pues enfrente no tenía sino otros educadores. Juntos en un esfuerzo común y coordinado que no requería de un plan de acción predeterminado, sino tan sólo del sentido común. Complementariedad. Yo instruyo, yo educo; y cuando yo termino, tú continuas educando. Con distintas armas, es cierto, pero en la misma dirección, con las mismas reglas, al mismo ritmo, con el mismo objetivo, y en los mismos valores. No eran necesarias palabras. Bastaba mirarlos a la cara y comprender que su confianza en el buen hacer de Don Matías era absoluta. Y que se podía contar con ellos. La semana pasada, Don Matías se sorprendió gratamente (él, que pensaba que ya lo había visto todo) cuando el padre del tímido Alex Ortuño le dijo: *“Usted es el Maestro y usted decide lo que mi hijo debe hacer”*. Don Matías se pellizcó, preguntándose qué le habían mezclado en su café, porque aquello era, simplemente, anacrónico. Lo habitual, hoy en día, era encontrarse con un padre a la ofensiva (ni siquiera a la defensiva), generalmente con ánimo belicoso y espíritu vindicativo, que te mira por encima del hombro, ya sea porque menosprecie tu rol social, ya sea por la envidia que despiertan las prolongadas vacaciones estivales del docente. Y los argumentos dialécticos de los padres discurren por tres caminos principales. A saber; *“mi hijo nunca me miente”*, *“la culpa es de las malas compañías”*, y *“educar es función exclusiva del profesor, y para eso le pago”*. Es una grata sorpresa encontrar un padre dialogante, interesado por la formación de su hijo y dispuesto a comprender que los problemas no se solucionan enfrentándose con el Maestro, sino trabajando con él. Bastante más habitual son las entrevistas con padres donde tu interlocutor es un saco de excusas, argumentos inconexos, absurdas negaciones de la evidencia, veladas acusaciones e indirectas malintencionadas, exigentes exhortaciones al cumplimiento de “obligaciones” docentes, “consejos” e “indicaciones” de cómo debe obrar un buen profesor, o incluso amenazas de acudir a instancias superiores (dirección, inspección, incluso a la justicia). Suplementariedad. ¿Tampoco ellos, adultos al fin y al cabo, comprenden lo que somos, y cuál es nuestro objetivo? ¿Es que el amor por un hijo se puede tergiversar y confundir hasta el punto de desarmar de forma manifiesta a tu propio empleado? Porque para Don Matías, el Maestro no era otra cosa: un servidor de la sociedad.

Recordó con dolor las expulsiones con que se sancionaba a los alumnos díscolos del pasado, algunos de los cuales abandonaban así toda esperanza de redención. Liquidaciones taxativas de elementos distorsionantes, antes de que pudiera contagiarse el mal. En



ocasiones, sólo por faltas de respeto básicas. Expulsiones severas, generalmente probadas, pero ¿justas? Don Matías no lo sabía, pero se preguntaba si hoy en día era justo que auténticos delincuentes invadieran las aulas boicoteando sistemáticamente las clases, si era justo que los alumnos hubieran de sufrir la extorsión, los malos tratos y la agresión permanente de un puñado (cada vez más numeroso) de desalmados que nada tenían que perder, si era justo que secuestrasen así el sistema educativo (porque era exactamente eso: un expolio), si era justo que absorbieran las energías de toda la comunidad educativa, si era justo (incluso económicamente rentable) que sembraran el malestar, la desazón y el terror en la cabeza de los docentes y discentes, multiplicándose las bajas laborales por depresión, las ruedas pinchadas y los trastornos psicológicos infantiles, si era justo que la maquinaria burocrática dilapidara la vida de un centro escolar entre partes de incidencias, instrucciones de expedientes disciplinarios, recursos y contrarrecursos, plazos legales de reclamación y comisiones de convivencia desbordadas por una situación insostenible. ¿Era justo todo esto? ¿Compensaba el miedo que se dibujaba en los semblantes de los alumnos? ¿El respeto a una pretendida legalidad “burocrática”, merece el desmembramiento de los fundamentos vitales de un centro escolar, como son el respeto y la convivencia? ¿La “no exclusión” de esos perros de hortelano, justificaba el estado policial al que estábamos llegando (cancelas de acceso permanentemente cerradas, arcos de seguridad para evitar la entrada de armas, guardas jurado, profesorado ejerciendo de policías) para proteger a los más débiles de la violencia, el tráfico de drogas y los abusos sexuales? Justicia. Un término manido y relativo. Había que proteger a los alumnos trasgresores de los abusos del sistema educativo, pero ¿quién protegerá al sistema (que somos todos) de sus abusos? ¡Dios mío, campan por sus respetos, delinquiendo (y no sólo en relación a las normas escolares, sino desde la más estricta observancia del código penal) amparados en una tortuga burocrática que ve impotente como se archivan y prescriben los expedientes antes de aplicar las sanciones! Y mientras tanto, ¿quién sufre? Todos. Excepto los advenedizos de la educación. ¡Nada de aplicar medidas cautelares! Es legalmente reprobable. ¿Quién le pone el cascabel al gato? ¿Hemos avanzado hacia un sistema que realmente protege al débil? ¿Dónde estaba el derecho del alumno a ser educado? ¿Dónde estaba su propio derecho a realizar su trabajo, que era educar? ¿Era justo que él y todos sus alumnos sufrieran esa peste por imperativo legal? ¿Eran más injustas las exclusiones coercitivas del pasado o las aberrantes y letales inclusiones del presente? Don Matías dudaba. Dudaba, escupía y lloraba.

Recordó su última visita a la Laguna Profunda. Bastó con un autobús, porque los alumnos ya no apreciaban las excursiones. Ya no tienen la ilusión de caminar por los polvorientos senderos, ni deambulan por las cuevas, ni se manchan las ropas en el barro del lodazal estirando la soga. Se tumban a escuchar música, todos con sus auriculares colgando, y a berrear, y a fumar, y sí, también a esnifar. Hacen lo mismo que cualquier día, pero se evitan una jornada

de clases. Es su única motivación. Esa, y hacer valer “su derecho” a las actividades extraescolares. Ya no hay coplillas jocosas, ni amoríos furtivos, ni fútbol, ni respeto por el entorno. Ya no hay ningún Ramiro, “el pupas”, y los apósitos del botiquín de primeros auxilios de Don Matías, apenas alcanzan a taponar la hemorragia de la perforación en el muslo del peruano Carlos Prieto: un certero navajazo.

Don Matías rememora el aroma del café, el tacto de los trebejos y la sonrisa del ajedrecista Julio Mora, la empalagosa dulzura de la miel, y los ratos de agradable cháchara de los recreos. Hoy, sus compañeros hablan de Cristian, de Jonathan o de Samanta, de lo último que les han hecho en clase, de lo hartos que están del grupo C, de que el año que viene piden el traslado y de lo mal que nos van las cosas y las ganas que tenemos de que llegue el verano. Inevitablemente, siempre el mismo tema. Vertiendo hiel sobre la amargura. Y cuando no hablan de ello, algún alumno impertinente (y maleducado), algún tutor necesitado de cumplimentar un formulario o encuesta, algún inoportuno padre que no respeta los horarios estipulados, algún suceso desagradable que reclama su atención en los pasillos,...,les recuerda que no son dueños de su tiempo, ni siquiera a la hora del recreo. Don Matías pasea solitario tomando el capuchino aguado de la máquina eléctrica, oye sin escuchar y llora por dentro, evocando la sonrisa de M<sup>a</sup> Luisa (que se acogió a una oportuna jubilación anticipada), mientras explicaba la receta del Pollo al Chilindrón.

*Delenda Cartago. Todo arrasado.*

Escupe asqueado en la charca, mientras cuestiona la salubridad de su propia rigidez existencial y se pregunta si no hubiera sido más provechoso lucir un talante más acorde a la orfandad de valores de los tiempos que corren. ¿Qué le había ocurrido para que la vocación cediese ante la impotencia y ésta condujese a la angustia, al dolor y la amargura de saberse incompetente ante el desafío de educar, lo único que siempre quiso y supo hacer? La duda. Otra vez la duda. ¿Fue él quien perdió la brújula, o ya no le interesa a nadie saber dónde está el norte, porque allí hace frío, y la calidez del acomodaticio modernismo es más apetecible? *¿Cambiaron las reglas y no me enteré, o equivoqué el juego?*

Don Matías escupe contra el viento. No le importa que el vendaval le devuelva el proyectil. Ni siquiera intenta apartarse. Como ha hecho toda su vida: escupir contra el viento, y aguantar el empujón del destino.

## TERCERA PARTE: RECORDANDO A DA VINCI. DISPERSIÓN.

EXTRACTO DEL CUADERNO DE NOTAS DEL DOCTOR DANIEL TRIFALDI  
SAAVEDRA (JEFE DEL SERVICIO DE PSIQUIATRÍA DEL HOSPITAL  
"ALONSO QUIJANO").

Expediente nº 763/ 02.

Paciente: MATÍAS CALLEJA CABALLERO. Edad: 68 años. Varón. Estado Civil: Soltero.

Profesión: Desconocida.

Procedencia: Hospital "Gregorio Marañón".

Historial Clínico: A solicitar.

Antecedentes Clínicos: Desconocidos.

Motivo de la visita: Diagnóstico Previo, traslado solicitado por el Doctor Morales.

Intervenciones clínicas: Entrevista.

N/ Peso aprox 82 Kg. Estatura: 178 cm. Refiere reumatismos variados articulaciones falángicas mano dr. Refiere patologías gastrointestinales remitidas. Refiere cefaleas crónicas. Refiere insomnio agudo aleatorio. Refiere "Lagunas de memoria".

GRABACIÓN EN VIDEO DE LA ENTREVISTA INICIAL CON EL PACIENTE.  
FECHA: 31/04/2009

Dr. Trifaldi: ¡Buenas tarde, señor, eh..., Calleja!

Paciente: ¡Buenas tardes, doctor!

DrT: " Si le parece bien, nos tutearemos. Siempre es más cómodo llamarnos Matías y Daniel a secas, sin tratamientos de doctor, ni señor, etc. Es conveniente que te sientas a gusto, ¿no te parece?

P: Lo que usted diga, doctor.

DrT: Bien, pues si te parece, empezamos. En realidad, esta charla sólo es un primer acercamiento, para romper el hielo y esas cosas, ya sabes. Lo importante es que te sientas a gusto y, si te apetece, me cuentes algunas cosillas de ti mismo, algo que pueda orientarme sobre la mejor forma de ayudarte, ¿te parece?

P: Como usted crea conveniente, doctor.

DrT: Daniel, sólo Daniel. Veamos, hoy me interesa conocer algo sobre tus gustos, intereses, sobre tu trabajo. ¿Cuál es tu profesión?

P: Ahora ya no ejerzo, pero era policía. (Susurrando) *Y el cajón cerrado.*

DrT (*finje no haber oído el último comentario*): Interesante y apasionante labor, la policial. ¿Qué tipo de policía eras? ¿Municipal? ¿Nacional?

P (dudando): No sé. Supongo que debía ser de la Secreta. Porque nunca me lo dijeron.... Y no recuerdo llevar ningún uniforme..., o sí, sí,

llevaba algo blanco, eso es, una bata. Lo siento, no recuerdo muy bien.

DrT: ¡Un policía de bata blanca! Serías de la División Científica.

P: ¡No, no! Yo soy de Letras. De eso sí estoy seguro.

DrT: Y, ¿cuál era tu cometido como policía?

P: Según el día. A veces interrogaba a los sospechosos de delitos diversos. Otras veces a los testigos, pero todos eran clientes míos.

DrT: ¿Clientes?

P: Sí. Algunos agredían a otros, o se liaban a navajazos, o abusaban sexualmente de otros. A veces el delito era contra la propiedad: pinchar las ruedas de un coche, rallar un coche, romper el retrovisor de un coche, pintar con spray un coche, robar los tapacubos de un coche, quemar un coche, .... Yo tenía que averiguar quién había hecho qué a quién y rellenar un,....., expediente, creo que se llamaba.

DrT: ¿Un informe policial?

P: No, se llamaba expediente....., idisciplinario!

DrT: ¿Dónde hacías eso?

P: Siempre dentro del edificio.

DrT: ¿Edificio?

P: Sí. Uno grande, lleno de salas muy grandes.

DrT: ¿Trabajabas de policía en algún hospital?

P: Bueno, policía exactamente no. Era un guarda jurado en realidad. (Musitando) *Y el cajón cerrado.*

DrT: Pero, ¿no habíamos quedado que investigabas delitos?

P: No sé. Recuerdo que me ponía en la puerta con los brazos cruzados impidiendo que entrasen los camellos. Sólo podía dejar pasar a los clientes que conocía, suponiendo que me enseñasen el pase. Y también a otros guardas jurado. Pero a los camellos les daba igual: saltaban la valla.

DrT: ¿Camellos?

P: (en voz baja) Sí, traficantes. Entraban en el edificio saltando la valla cuando yo no miraba y trapicheaban con drogas. Se las vendían a los clientes y los extorsionaban. Pero a veces, yo los veía y me enfrentaba con ellos. Como me tenían miedo, ellos saltaban de nuevo la valla y me amenazaban diciéndome "ya verás cuando salgas".

DrT: ¿Salgas? ¿de dónde?

P: Del edificio.

DrT: ¿Del edificio?

P: Del Guardamuebles. (Apenas audible) *Y el cajón cerrado.*

DrT: ¿Trabajabas en un guardamuebles?

P: Creo que sí. Era una guardería de muebles, creo. Los clientes se metían en las salas y estaban todo el día allí guardados. Nuestra misión era impedir que se rompieran. Supongo que molestaban en casa de los dueños. Cuando acababa el día, los propietarios de los muebles venían a recogerlos. No les importaba lo que habíamos hechos con ellos. Sólo venían a recoger sus muebles, digo, a los clientes.

DrT: ¿Muebles? ¿Clientes? A ver si me aclaro ¿trabajabas de guarda jurado o de guardamuebles?

P: No sé, hum, déjeme pensar, ¡ah sí, ya recuerdo! ¡Trabajaba de psicólogo, como usted!

DrT: ¿Como yo?

P: Bueno, exactamente igual no. Mis clientes no se tumbaban en este precioso sofá, que ya sé que se llama diván. No. Mis clientes se sentaban en las sillas pequeñas y me contaban lo que les pasaba. Y yo, ¡sí, ahora lo recuerdo!, yo les diagnosticaba psicopatologías muy variadas: depresiones, complejo de inferioridad, problemas sentimentales, alteraciones del comportamiento por familias desestructuradas y separación de los padres, falta de cariño, afán por llamar la atención, hiperactividad, ansiedad, autismo, esquizofrenia, patologías relacionadas con la falta de atención.... sí ¡yo era psicólogo! (A su coleteo) *Y el cajón cerrado.*

DrT: Y supongo que ese edificio era un hospital o un sanatorio.

P: No sé. Tengo dudas sobre eso. Recuerdo, eso sí, que era un lugar con muchos papeles. Yo trabajaba de administrativo, o tal vez de oficinista. Recuerdo haber rellenado cientos de formularios e informes. (En voz muy baja) *Y el cajón cerrado.*

DrT: ¿Puedes ser más específico? ¿Recuerdas el nombre de esos documentos?

P: Déjeme pensar. Todos los días rellenábamos uno con el nombre de los clientes, pero no de todos, sólo de algunos y no siempre los mismos. Y mi firma. Firmaba mucho, como si fuera un ministro, o una estrella de fútbol. Varias veces al día y en distintos sitios. Siempre estaba firmando documentos. Después, en ocasiones rellenaba gruesos legajos, documentos con nombres en clave: PEC, PCA, PGA, DCB, UD, ACI, y todos eran muy importantes, o eso nos decían. Vitales para nuestro trabajo. Como eran tan importantes y tenían nombres secretos, llegué a pensar que trabajaba de Agente Secreto, pero luego nos recalcaron que los documentos debían ser públicos, así que no puede ser. Nos indicaban como teníamos que rellenarlos. ¡Incluso recuerdo que a veces nos quedábamos hasta muy tarde reunidos para redactarlos, o para que alguien nos explicase cómo hacerlo! Otros documentos los rellenábamos cada dos o tres meses. Ese era muy divertido. Era como una quiniela donde escribíamos un número junto al nombre de cada cliente, aunque a veces era una letra. Y a veces, un número y una letra. Y algunos en rojo, y otros en negro. Otras veces, teníamos que escribir un informe de cada cliente. Y con mucha frecuencia, otro administrativo de mayor rango nos ordenaba redactar un nuevo documento. Muchas veces, y en ocasiones, muy largos. Casi siempre hacían referencia a los clientes. Nunca sabíamos para qué servían, pero los hacíamos. Los oficinistas no suelen indagar la utilidad de sus documentos. Ni hacemos preguntas tontas. Los rellenamos y punto.

DrT: O sea, resumiendo, que trabajabas en un edificio relacionado con, ejem ..., asuntos administrativos...

P: No, espere. Ahora que lo dice, creo que ya sé lo que era. Trabajaba para una empresa de estadística. No era el Sigma 3, estoy seguro, ni tampoco Demoscopia, ni ninguna parecida. Pero eran encuestas, ¡válgame el cielo!, cientos de encuestas: de estilo de vida, de hábitos

alimenticios, de libros, de datos personales de los clientes, de datos que nada tenían que ver con ellos, y tests, muchos tests de los de responder a, b, c, o d. Algunos los puntuábamos, pero otros sólo los archivábamos o se los pasábamos a otros compañeros. (Chapurriendo) *Y el cajón cerrado.*

DrT: ¿Y no recuerdas el nombre de tu empresa?

P: No, lo siento, aunque en el encabezamiento de muchas encuestas aparecían las siglas M.E.C. Pero no me dice nada. Igual me daría si hubiese puesto ACME. Me suena a “♪correcaminos, mec, mec ♪...”

DrT: Vale. O sea, que eras encuestador u oficinista, y trabajabas siempre en el interior de un edificio.

P: No crea. En realidad no. Recuerdo haber trabajado de guía turístico. Tengo fotos con mis clientes en el Coliseo Romano y en la Capilla Sixtina. Recuerdo como discutí con los “carabinieri” para lograr que soltaran a unos clientes rebeldes, y lo mal que lo pasé cuando se perdió aquella parejita de clientes, je, je, ¡estos jovencitos picaruelos! *Y el cajón cerrado.*

DrT: Matías, estoy hecho un lío. ¿A qué te dedicabas?

P: Lo siento, doctor. Ya le dije que no recordaba muy bien. A veces tengo claro cuál era mi ocupación, pero otras, dudo hasta de quién soy. (Sólo con los labios) *Y el cajón cerrado.*

DrT: No nos pongamos nerviosos. Piensa en otras personas que pudiesen trabajar contigo, cómo os organizabais, dónde trabajabais, ¿qué sé yo?. ¿Se te ocurre algo?

P (cerrando con fuerza los ojos): Recuerdo una sala muy grande. La más grande del edificio. Todos nos sentábamos formando un semicírculo, excepto tres o cuatro, que se colocaban frente a los demás, y parecían gente de mayor importancia. Todos les escuchábamos y respetábamos, aunque a veces, algunos les insultaban y gritaban. Normalmente, aunque no siempre, cuando acababan de hablar se producía un murmullo incontrolable. La gente, entraba y salía, y algunos se dormían en sus asientos. Los que hablaban, siempre llevaban papeles en la mano, o casi siempre. Había uno que anotaba todo lo que decían los demás.

DrT: ¡Ya está! ¡Eras un político! El hemiciclo, el secretario, la tribuna de oradores y el presidente,..., clarísimo.

P: Sí, es probable. Hablábamos mucho y no resolvíamos nada. Y, ¡qué curioso! muchas veces hablábamos sobre leyes y sobre los documentos que rellenábamos cuando éramos oficinistas. Muchos se agrupaban a favor o en contra de otros grupos, que debían ser partidos políticos. Y ¡había muchas votaciones! Y demagogos, y un orden del día, y a veces hacían huelga y se manifestaban por las calles, ..., sí, sin duda yo era político. Pero no recuerdo a qué partido pertenecía. Y en ese caso, ¿por qué los clientes no asistían a esas reuniones?

DrT: No lo sé. Más incógnitas.

P: Estoy hecho un lío, doctor. A veces sueño cosas, que deben ser recuerdos, retazos de mi memoria perdida, y me veo haciendo inventarios y consolando llantos, y hablando en una lengua que desconozco a unos inmigrantes, y trasladando muebles, y subiendo y

bajando escaleras con una carpeta en la mano donde apunto alguna cosa que parece importante, y me veo como enfermero, asistente social, sereno, telefonista, árbitro de boxeo, censor, animador social, o conductor de ambulancia. *Y el cajón cerrado.* Todo es un lío, y lo más curioso es que realmente “siento” que esas ocupaciones no me son propias. Creo que soy otra persona, pero no acierto a identificarme con un oficio determinado.

DrT: Háblame de tus clientes. Tal vez así podamos sacar algo en claro.

P: Al principio me odiaban, me escupían y me insultaban. ¡Hasta me quemaron el coche! Luego, me ridiculizaban, y se burlaban de mí. Después, simplemente me ignoraban, aunque algunos me preguntaban cosas. Últimamente me lo paso bien con ellos, y creo que ellos conmigo también. Me escuchan atentamente. Pero no recuerdo que hago con ellos. *Y el cajón cerrado.*

DrT: Entiendo. Y ¿qué me dices de tus compañeros de trabajo?

P: Pues eso es muy curioso, porque me ocurre algo parecido. Aunque mis compañeros no me escupían ni me quemaban el coche. Y ellos también llevaban bata blanca. Pero sólo ahora, porque antes iban vestidos igual que los clientes. *Y el cajón...*

DrT: ¿Qué sentimientos te despiertan tus, eh, clientes?

P (tarda en contestar, con la mirada fija en un punto indefinido de la sala): Hum, tal vez odio, ino, odio nunca!, quizás resentimiento o rencor, decepción sin duda, dolor y rabia, muchas veces, incredulidad y sorpresa, y amistad, y sí, también amor,..., paterno.

DrT: Bueno Matías, creo que ya lo tengo claro, pero quisiera que me contestases a una última pregunta, si no es mucha molestia.

P: Usted dirá,...

DrT: ¿Qué hay dentro del cajón? ¿Y por qué está cerrado?

P (sonríe plácidamente): Ya no es necesario. Por eso está guardado bajo llave. Un mapa físico.

DrT: ¿Físico?

P: Un mapa de España, con todos los ríos y sistemas montañosos.

---

## DIAGNOSIS

### SINTOMATOLOGÍA GENÉRICA:

- Memoria desorganizada, galopante con lagunas.
- Distorsión de la realidad.
- Desorganización de secuencias temporales. Inversión de los ejes temporales. Pasado y presente, traspuestos.
- Retraimiento emocional, probablemente a consecuencia de un shock.

### SINTOMATOLOGÍA ESPECÍFICA:

- Bloqueo emocional, autónomamente protegido, a dos niveles: relaciones personales y oficio propio. Probablemente su profesión fue su centro vital.
- Multiplicidad de roles.
- Escupe con relativa frecuencia en todas direcciones.

JUICIO DIAGNÓSTICO: **SÍNDROME DE PERSONALIDAD MÚLTIPLE.**

*“Otro Maestro. Y este mes, ya van cuatro.”*